

damente le sacase de aquel peligro. Compadecióse el Santo, sosegó el tumulto, y salvó al prefecto la vida.

Dejándole ya en paz el emperador y sus ministros, consagró al Señor esta quietud y el corto resto de sus débiles fuerzas corporales: En medio de las mas laboriosas ocupaciones nunca perdió de vista el estado religioso. Mantuvo siempre algunos monjes cerca de su persona, gobernándolos y educándolos en la vida monástica. También habia en Cesarea un monasterio de monjas, que gobernaba una sobrina del mismo S. Basilio, cuya iglesia estaba dedicada á los cuarenta Mártires, venerándose en ella sus reliquias; y así estas religiosas como otras que estaban á su cargo, son las que en sus escritos llama *canónicas* ó *canónicas*; esto es, doncellas ó vírgenes consagradas á Dios, que viven debajo de alguna regla. En las que compuso el Santo para personas religiosas, se hallan muchas que hablan derechamente con mujeres, y las penitencias particulares que se imponen en ellas, casi todas son por las faltas que cometen en el demasiado hablar.

En todo estaba su vigilancia pastoral. Erigió en Sasimo un obispado, para el cual nombró á S. Gregorio de Nacianzo; ejecutando lo mismo en otras ciudades de su provincia, á las que proveyó de santos y vigilantes pastores. Restituyó á su antiguo vigor la disciplina eclesiástica secular y regular, dando reglas para su gobierno á todos los estados. Como acérrimo defensor de la fe católica, persiguió valerosamente la herejía, atacándola hasta en sus últimos atrincheramientos. Llegó á no tener en su cuerpo otra cosa sana mas que la mano y la cabeza; pero no por eso fué menos útil á la Iglesia. Fueron tantas las doctas y admirables cartas que escribió, que cuando no tuviéramos mas obras suyas, debiéramos admirarnos de que hallase tiempo para escribir tanto un hombre de tan poca salud, quebrantada con tantas y tan espantosas penitencias, y ocupado en tantos, tan graves y tan diferentes negocios. Las que escribió á S. Anfiloquio contienen todos los principios de la doctrina cristiana; y con mucha razon se dice que en solos los escritos de S. Basilio tenemos una completa librería. Fuera del compendio ó suma del *moral*, de que ya hemos hablado, nos dejó un tratado del *Espíritu Santo*; la obra de los seis dias, el tratado sobre algunos salmos, otro sobre *Isaias*, cinco libros contra la herejía de *Eunomio*, dos sobre el bautismo, uno de la virginidad, y diferentes homilias sobre asuntos escogidos; admirándose en todos la claridad de su pluma, el nervio de sus razones y el vigor de su elocuencia; siendo muy pocas las obras de los doctores, y aun

de los santos Padres de la Iglesia, que sean mas instructivas y hagan tanta impresion.

Acercábase el fin de la vida de nuestro Santo, cuando san Efreñ, diácono de Edesa en Mesopotamia, movido de su gran reputacion, vino espresamente por conocerle, por tratarle y por oírle. Al primer sermón que le oyó, comenzó á deshacerse en alabanzas de S. Basilio delante de todo el pueblo. Preguntóle el Santo la razon, y respondió: *Porque mientras tú estabas predicando, estaba yo viendo sobre tus hombros una paloma de maravillosa blancura que te estaba sugiriendo todo lo que decias.* Pocos dias despues de esta visita quiso el Señor premiar los trabajos de su siervo, cuya solicitud pastoral le acompañó hasta el último suspiro; pues poco antes de espirar impuso las manos sobre muchos de sus discípulos para proveer de ministros dignos á todas las iglesias que tenian falta de ellos. En fin, lleno de merecimientos entregó el alma á su Criador el primer dia del año de 379, siendo de solos cincuenta y uno de edad; llorado no solo de los buenos, sino hasta de los judíos, y aun de los mismos paganos. Toda su provincia le lloró como á su padre, y en toda la Iglesia fué venerado por modelo de obispos católicos, y por doctor de la verdad. Desde el mismo dia en que murió comenzó á solemnizarse su fiesta, de manera que las honras fueron triunfos, y fueron generales. Pronunciaron su panegírico su hermano S. Gregorio Niseno, S. Anfiloquio, S. Efreñ y S. Gregorio de Nacianzo. Dióse á su cuerpo sepultura en la iglesia catedral, ansiando todos por lograr alguna reliquia suya. Las familias religiosas le pueden justamente considerar como su primer patriarca, y la Iglesia universal le honra como á uno de sus mas ilustres doctores.

LOS SANTOS ANASTASIO, PRESBITERO; FELIX, MONGE; Y
DIGNA, VIRGEN.

Mucho ánimo puso en los pechos de los cristianos de Córdoba el ejemplo del santo monge Fandila que, como dejamos dicho en el dia de ayer, en la persecucion del cruel Mahomet vindicando la honra de la religion ultrajada, dió la vida por Jesucristo. Al dia siguiente salieron tres ilustres campeones á seguirle en la gloria del triunfo.

El primero de estos fué ANASTASIO, natural de la misma ciudad de Córdoba, el cual se habia educado desde sus primeros años en laudables costumbres, é instruido en las ciencias en la iglesia de S. Acisclo, bajo la enseñanza de los sabios maestros

destinados en aquella escuela á enseñar á los niños y jóvenes cristianos las letras y las virtudes. Abrazó el estado eclesiástico con el designio de dedicarse enteramente al servicio del Señor; y habiendo ascendido por sus méritos personales al órden sacro de diácono, se portó en las funciones de su ministerio, y en todo el resto de su conducta con tanta edificacion, con tanta prudencia, y con tanta caridad, que se concilió el amor y la veneracion de todos los fieles. Creció su fervor con el nuevo carácter, y pareciéndole que separado de los tumultos del siglo, podria aspirar á la cumbre de la perfeccion que era lo que deseaba, se retiró al desierto no con otro fin que el de gozar con quietud las dulzuras que disfrutaban las almas en la contemplacion de las grandezas divinas. Vivía Anastasio en el yermo con un perpetuo olvido de las cosas de la tierra, pero le duró muy poco su gozo, porque le arrancaron de su amada soledad los cristianos, para que se ordenase de sacerdote, á fin de que atendiese á la urgente necesidad en que se hallaba la iglesia de Córdoba, necesitada en aquella infeliz época de operarios de su eminente virtud, y de su ardoroso zelo.

Sintió Anastasio en el alma aquella determinacion, mas conociendo que en ella se interesaba nada menos que la utilidad comun de la Iglesia, se sujetó á la voluntad de Dios que así lo disponia. Elevado al sacerdocio, satisfizo todos los deseos de los cristianos; pues no teniendo ocioso el ministerio que habia recibido, trabajaba sin cesar en la salvacion de las almas, ocupándose con una vigilancia infatigable en sostener á los flacos, en esforzar á los débiles, y en mantener á los fuertes constantes en defender la fe á costa de su sangre; pero como estaba habituado á los consuelos que habia disfrutado en el desierto, todos sus deseos y todas sus ansias eran por su amada soledad, para dedicarse á la oracion que era todo el fuerte de sus atenciones: persuadiéndose con fundada razon, que no le dejarían los fieles retirarse, siéndoles tan necesaria su presencia, y encendido en vivísimos deseos de unirse con el Señor por camino mas breve, como lo era el del martirio, se presentó al consejo de los magistrados agarenos, y haciendo una pública confesion de su fe, declamó con fervorosa elocuencia contra los clásicos errores, y contra las ridículas patrañas del Alcorán de Mahoma. No pudieron los jueces sufrir aquel insulto mucho tiempo, y graduándole por uno de los mas enormes atentados que podían cometerse por los profesores de la religion cristiana, mandaron decapitarlo inmediatamente, con órden de poner en un palo el cadáver á vista de la ciudad, inmediato al de S. Fandila, para que sirviese

de público escarmiento; todo lo cual se ejecutó en el día 14 de junio del año 853.

En el mismo dia dió igual prueba de su valor otro esforzado militar de Jesucristo, llamado FELIX, natural de Alcalá de Henares, que se retiró de su patria á las montañas de Asturias con el noble objeto de instruirse en los misterios de nuestra santa fe, y en otros científicos conocimientos; puesto que en aquel pais vivian los cristianos con mas libertad que no en Castilla ocupada por los moros. Abrazó allí el estado religioso, é hizo grandes progresos en la virtud; pero como sus deseos no eran otros que téstificar con su sangre las infalibles verdades del santo Evangelio, se dirigió á Córdoba con este fin, y se estableció en el monasterio de S. Justo y Pastor, ilustres mártires de Alcalá, donde quiso disponerse para el combate con los enemigos de la fe por medio de fervorosas oraciones, de rigurosos ayunos, y de asombrosas penitencias. Pasó algun tiempo con este tenor de vida, siendo la admiracion de aquella casa religiosa, sita en el interior de las montañas de Córdoba; mas no pudiendo resistirse á las fuertes violencias que sentia en su corazon sobre no diferir el cumplimiento de sus deseos, bajó á la ciudad, y se presentó en el palacio de Mahomet, á la sazón que salia el bárbaro acompañado de una numerosa comitiva. Hizole ver con valeroso espíritu la inhumanidad y la injusticia con que trataba él y sus ministros á los inocentes fieles, no por otra causa que la de no obedecer sus impíos decretos contrarios á los de Dios, que seguian los cristianos fielmente, ansiosos de sacar á los moros de los enormes errores que prescribió en su ley Mahoma, indigno del nombre de profeta, llevando por ellos á innumerables gentes por el camino de la perdicion. Quedó sorprendido el rey á vista de aquella inesperada novedad, y arrebatado de un furor extraordinario, dió órden á sus ministros para que degollasen á Felix sin dilacion, y que clavasen su cuerpo en un leño, en la misma disposicion que estaban los de S. Fandila y san Anastasio.

Iba ya declinando el día 14, y hallándose cansados los jueces árabes de los combates que tuvieron con los cristianos, no lo estaban estos para ofrecerse al sacrificio. Así lo hizo con un valor excesivo á la fragilidad de su sexo una ilustre doncella, llamada DIGNA, religiosa del monasterio Tabanense, del que era superiora la venerable Isabel, mujer del mártir Jeremías, fundador de aquella célebre casa, que fué un seminario de Santos. Vivía Digna tan abrasada en las llamas del amor divino, y tan regalada de su amado Esposo, que para darle una prueba nada

equivoca de su agradecimiento, deseaba ocasion oportuna de ofrecerle su vida en sacrificio. Engolfada en tan nobles pensamientos, estando recogida cierta noche vió en sueños á una hermosa virgen rodeada de gloriosos resplandores, que traía en las manos un primoroso ramillete; preguntóla Digna quien era, y le respondió: *Yo soy Agueda, que en los siglos padeci grandes tormentos por amor de Jesucristo, y ahora vengo á reparar contigo las flores que traigo en las manos;* y poniendo una rosa en las de Digna desapareció inmediatamente.

Dispertó la ilustre virgen llena de extraordinaria alegría, y teniendo la vision por un aviso del combate para que era llamada, á fin de que diese pruebas de su fe y de su cristiana fortaleza, habiendo entendido que en aquel mismo día lograron la dicha que deseaban S. Anastasio y S. Felix, valiéndose de la oportunidad que le ofreció el corto descanso que tenían las religiosas por la siesta, abrió con mucho silencio las puertas del monasterio, y bajó de la Sierra á Córdoba con tanta aceleracion, que caminando casi dos leguas de distancia llegó á la ciudad á tiempo que pudo presentarse á los jueces agarenos. Hablóles con aquel valor que es propio de los héroes del cristianismo, y reprendió varonilmente los injustos procedimientos contra los inocentes mártires que acababan de sacrificar, sin mas motivo que el de ser obedientes á la ley santa de Dios, y el de impugnar los crasos errores del falso profeta Mahoma. En fin, hizo sobre esto tantas y tan conducentes reflexiones, que no pudiendo sufrir los magistrados el verse confundidos por una delicada doncella, para evitar que cautivase con sus elocuentes discursos á los que la oyesen, la sentenciaron á muerte, con la prevencion de que ejecutado el castigo, se hiciese lo mismo con su cuerpo que con los de Fandila, Anastasio y Felix; pero no satisfechos los bárbaros con semejantes castigos, á pocos días despues arrojaron los venerables cadáveres á una ardiente hoguera, y habiéndolos consumido el fuego echaron las cenizas al rio Guadalquivir, con el perverso designio de que no pudieran los cristianos tributarles la veneracion correspondiente.

Al otro día que fueron martirizados estos Santos, padeció por la misma causa Sta. Benilde, de la cual hablaremos mañana.

SAN ELISEO, PROFETA.

EL profeta Eliseo, cuyo nombre significa *salud de Dios*, fué hijo de Saphat y discípulo de Elías. Nació en Abelmeula, en la tribu de Manasés á diez millas de Scythópolis. Hallóle Elías

arando, puso sobre él su capa, y Eliseo dejó su labranza, sus padres y parientes, y siguióle; y desde este instante el discípulo ya no se separó jamás del maestro, sin consentir en dejarle un momento, á pesar de sus instancias, no ocultándole éste la maravilla de su futuro raptó. Llegaron ambos á orillas del Jordán: Elías plegó su manto y golpeó con él las aguas de aquel rio, las cuales al instante se dividieron, abriéndole libre paso, y con planta enjuta le atravesaron ambos profetas. «*Pídemela para tí lo que quieras antes de separarnos,*» iba Elías diciendo á su discípulo; y éste le contestaba: «*Haz que repose en mí tu doble espíritu.*» Dicen comentadores que el doble espíritu de Elías era el don de profecía y el de milagros. «*Pídesme una cosa difícil, repícolé el maestro; mas será otorgada tu petición, si me ves volar arrebatado, y negada si no me vieres.*» De esta suerte caminaban hablando, cuando los separó repentinamente la aparicion de un carro de fuego con caballos tambien de fuego.

Subió al cielo Elías en un torbellino, y Eliseo clamaba mirándole: «*¡Padre mio, padre mio!*» y su maestro desaparecia. Recogió el manto que el profeta por divina permission dejó caer en su raptó, y vuelto á la orilla del Jordán, golpeó con él las aguas, como lo hiciera Elías; mas ellas no se dividieron, y él exclamó sentido: «*¿Donde está el Dios de Elías?*» Volvió á golpear las aguas, las cuales se dividieron, y él pudo pasar el rio.

Este milagro dió á conocer que el espíritu de Elías residia en Eliseo, y en breve siguióle otro no menos admirable. Se habia retirado á Jericó, é informado de su valimiento con Dios, los habitantes de la ciudad le hicieron presente que ésta, aunque por otra parte muy cómoda, tenia malísimas aguas, nocivas á los hombres al par que á los animales. Viva impresion produjo en Eliseo la miseria y la confianza de aquellas pobres gentes. «*Traedme,* les dijo, *un vaso nuevo, y llenadlo de sal.*» Fuése á la fuente y derramó en ella la sal, pronunciando estas palabras: «*He aqui lo que dice el Señor: he sanado estas aguas, y de hoy mas no habrá en ellas ni muerte ni esterilidad.*» Y así se cumplió conforme lo predijo, pues en el día no se beben aguas mas saludables.

Desde allí pasó Eliseo á Bethel, ciudad abominable por el culto del becerro de oro, establecido en tiempo de Jeroboam, y donde aun para los niños eran los profetas un objeto de hurla y menosprecio. Al acercarse á la ciudad, le salió al encuentro una porcion de mozuolos hartándole de improperios: maldijoles el profeta á nombre del Señor, sobre quien aquellas injurias recaian, y saliendo repentinamente dos osos de un bosque inmediato, y ar-

rojándose á los jóvenes de mala lengua, despedazaron á muchos de ellos en pena del desafuero que cometian con el ministro del Señor.

Otros muchos prodigios obró en seguida Eliseo para autorizar la mision que tenia de llamar al pueblo de Israel al legítimo culto, siendo el mas brillante el que hizo en favor del ejército de Israel. El rey de esta nacion, Joram sucesor de Acab, Josafat rey de Judá, y el rey de la Idumea reunieron sus fuerzas para atacar á los moabitas, dirigiéndose por un árido desierto, en el cual faltó agua al ejército, hallándose en peligro de morir de sed. En este apuro sabiendo Josafat que se hallaba en el campamento un profeta del Señor, fué con los otros dos príncipes á ver á Eliseo, quien con santa libertad hizo saber al de Israel que, si se hubiera presentado solo, no habria alcanzado el milagro, porque protegía la idolatría en sus estados; mas Dios lo hacia por consideracion á Josafat, cuya piedad era merecedora de tal gracia, y continuó de esta manera: «He aquí lo que dice el Señor: no vereis viento ni lluvia; sin embargo se llenará este valle de fresquísimas aguas, de las cuales bebereis vosotros, vuestros soldados, vuestros esclavos y aun vuestros caballos. Y poquísimos es esto para el Señor, pues os entregará en las manos á los moabitas, y os enseñareis de sus fortalezas y de sus ciudades.» Con efecto, á la mañana siguiente, hacia la hora del sacrificio se vió venir de la Idumea una gran copia de aguas, sin haberse levantado viento alguno, al cual naturalmente pudiera atribuirse tal acontecimiento, y sin que hubiese caído en aquel país una sola gota de agua. Llenóse bien pronto el valle, y todo el ejército pudo saciar su sed devoradora.

Quejóse á Eliseo la pobre viuda de un profeta, que estaba adeudada por los gastos que hizo en dar de comer á muchos profetas en tiempo de la persecucion de Jezabel, y pidióle algun medio para satisfacer á sus acreedores. Preguntóle el profeta: «¿Qué tienes en tu casa?—Solo un poco de aceite,» respondió la alligida mujer. «Pues ve allá, dijo Eliseo, y pide prestadas á tus vecinas cuantas vasijas tuvieren, y cerrada tu puerta, tú y tus hijos echad del aceite en las vasijas hasta que todas estén llenas.» Hizolo así la viuda con mucha fe, y acreció tanto el aceite que en efecto se llenaron todas las vasijas. Vendió y pagó sus deudas, y de lo que sobró vivió con sus hijos. Es de notar en este prodigio que Eliseo mandó pedir vasijas vacías y cerrar la puerta, dando á entender que para pagar lo que á Dios debemos y para ser llenos de aceite de la gracia, dos cosas son importantes: la una vaciarnos de nuestros apetitos y deseos de sen-

sualidad; que el maná del cielo no lo dió Dios á los hebreos hasta que les faltó la harina que sacaron de Egipto: la otra que debemos cerrar las puertas de nuestros sentidos; así el Hijo de Dios para resucitar á la hija del príncipe de la sinagoga mandó primero salir la gente.

Pasaba Eliseo por la ciudad de Suna algunas veces, y una mujer principal convidábalo á comer, y aun con el parecer del marido, aderezóle un pequeño aposento. Visto esto por el siervo de Dios, y deseando no dejar sin premio el servicio que se le hacia, como entendiese por relacion de su criado Giezi, que la mujer no tenia hijos y su marido era viejo, y estimaria en mucho alcanzar de Dios uno, llamóla Eliseo á la puerta de su celda, y díjole: «No pasará mucho tiempo, sin que tengas un hijo.» En efecto, concibió y parió la Sunamitide un hijo, el cual habiendo muerto siendo aun muy pequeño, resucitó el profeta.

Naaman, general del rey de Siria, privado suyo y muy rico, era leproso, y oyendo referir á una esclava hebrea las maravillas que Eliseo obraba, determinó de ir á Samaria, y llevó muchas joyas de oro y plata para distribuir, y cartas de su rey para el de Israel. Eliseo envió á decir al rey: «Venga á mí Naaman, y verá que hay profeta en Israel.» Vino Naaman á la posada de Eliseo, y estando á la puerta, sin que le viese el profeta, envióle á decir por su criado Giezi que fuese y se lavase en el Jordán siete veces, y sería sano. Indignése Naaman de esta respuesta; y volviase ya despreciando el remedio, y diciendo que en su tierra no faltaban aguas mejores que las del Jordán, cuando sus criados le dijeron: «Señor, si el profeta te mandara hacer alguna cosa dificultosa no dudaras de hacerla; pues ¿por qué no harás cosa tan fácil?» Tomó este consejo Naaman, fué al Jordán, lavóse siete veces, y quedó perfectamente sano. Esto fué figura del santo bautismo, que el que se bautiza aunque tenga toda la universalidad de pecados (lo cual se significa por número de siete en la Escritura) queda de todos limpio; pues no solamente es medicina el bautismo para el pecado original, mas para todos los pecados actuales que tiene el que se bautiza. Quiso manifestar Naaman su reconocimiento á Eliseo, ofreciéndole los ricos dones que habia traído; pero por mas que le importunó no los quiso recibir.

Trataba el rey de Siria de guerrear contra el de Israel y concertaba con la mayor reserva de poner celadas; pero cuanto se maquinaba otro tanto revelaba Eliseo al rey, que siempre desconcertaba los proyectos de su adversario. El de Siria sospechó al fin que habia traicion, y deseando saber quién fuese el traidor, le dijeron: «Señor, hay en Israel un profeta llamado Eliseo que

entera á su monarca de cuanto se dice en el secreto de vuestro gabinete. — Id á informaros donde se halla para que yo lo haga prender, » repuso el rey. No se pasó mucho tiempo sin que se descubriera la residencia del siervo de Dios, que era Dothaim, y envió tropas que cercaron la ciudad por la noche. Cuando el criado de Eliseo salió á la mañana y vió tanta gente de guerra, volvió azorado y dijo á su amo: «¿Qué será de nosotros? ¡Perdidos somos! los sirios están á nuestras puertas. — No temas, le respondió Eliseo; mas son los que están de nuestra parte para defendernos.» Pidió al Señor al mismo tiempo que abriese los ojos de aquel mozo para que viese lo que él veía, y vió todo el monte lleno de carros y de caballos de fuego para su defensa. Salió el profeta de la ciudad y tomó el camino de Samaria, pidiendo al Señor que cegase á los de Siria. Fué oída su oracion, y los enemigos vieron los objetos en otra forma diversa de la que tenían. *Seguidme*, les dijo el profeta, *yo os mostraré á Eliseo*. Los sirios le siguieron y él llevólos hasta dentro de Samaria, en donde pidió y obtuvo del Señor que les diese su primera vista, con la cual vieron su inminente peligro. Quisiera el rey de Israel darles muerte; mas Eliseo se opuso á ello, porque no habian sido hechos prisioneros en lid; y aun les hizo dar lo necesario para que se volvieran. Hizo aquí Eliseo lo que aconseja S. Pablo, y lo que todos debieran hacer: no seais vencidos de lo malo, sino venced el mal con el bien; esto es, no se dé mal por mal, sino por mal bien.

Por los pecados de los israelitas permitía Dios que fuesen molestados de ordinario con guerras que siempre movian los sirios. Sucedió, pues, que reuniendo el rey de Siria todas sus tropas, sitió á Samaria por largo tiempo, y redujo á sus habitantes á una hambre tan estremada, que una mujer que mató su propio hijo para comer ella y otra su vecina, mediante concierto que otro día hiciese ésta lo mismo de otro hijo suyo, fué al rey de Israel Joram quejándose de que la vecina se negaba á lo concertado. Horrorizado Joram rasgó de dolor sus vestiduras, y vencido de cólera, pensando si aquel daño provenia de Eliseo, como en tiempo de su padre Acab habia sido ocasion el profeta Elías de que no lloviese, mandó á uno de sus guardias á matarle; pero arrepintiéndose al instante de ello, fué en persona para estorbarlo y dijo al profeta: «¿Qué socorro puedo esperar del Señor, pues él mismo nos ha puesto en el punto de que las madres se comen á sus hijos?» Eliseo le contestó: «Mañana á esta misma hora valdrá la hanega de harina un siclo (unos cuatro reales) y dos de cebada otro siclo.» Oyendo esto el oficial que acom-

pañaba al rey, dijo: «Si Dios lloviese trigo no seria verdad lo que dices. — Pues bien, repuso Eliseo, verás esta abundancia y no comerás de ella.» Al anocheecer de aquel mismo día, cuatro leprosos que estaban sentados á las puertas de la ciudad dijéronse entre sí: «Aquí morimos de hambre, pásemos pues al campo de los sirios, á vivir ó morir.» Parten los cuatro, llegaron al campamento, y no hallaron hombre en él; porque ordenándolo Dios, habian oido estruendo formidable de hombres, caballos, y carros, semejante á muchos ejércitos que á combatirlos iban, y sobrecogidos de espanto en el silencio de la noche huyeron, pensando solo en salvar las vidas y abandonando todas sus provisiones y riquezas. Lo primero que hicieron los leprosos fué comer y beber; mas luego volvieron á Samaria difundiendo en la ciudad tan buenas nuevas. Temióse de pronto no fuese esto ardid de guerra; pero asegurada ya, por la descubierta que se envió, la retirada de los enemigos, salió el gentío hambriento y saqueó el campamento, siendo tal el despojo, especialmente de trigo y cebada, que se dió al mismo precio que Eliseo señaló. Para impedir desorden puso el rey á la puerta de la ciudad al oficial que habia dudado de la prediccion del profeta, y fué tan grande el tropel de pueblo que cargó sobre él, que cayó en tierra y murió ahogado, cumpliéndose así el vaticinio del siervo de Dios, que lo veria y no lo comeria.

Muerto Benadad, rey de Siria, le sucedió en el reino Hazael, quien vino contra el rey de Israel, que todavía lo era Joram hijo de Acab y de la impia Jezabel, y llegando á batalla en Ramoth Galaad, fué herido Joram, que se retiró del ejército para curarse. Habia Dios declarado al profeta Elías, como Eliseo seria ungido por profeta en lugar suyo, y Hazael por rey de Siria, y Jehú por rey de Israel: Eliseo estaba ya en su puesto y Hazael en el suyo, faltaba solo que Jehú consiguiese su dignidad. Así, pues, envió Eliseo á uno de los hijos de los profetas, á Ramoth Galaad, donde estaba el ejército israelita; el cual llamando á Jehú á un lugar apartado de donde estaban los capitanes, derramó la uncion sobre su cabeza, y díjole: «Yo te unjo por rey de Israel y destruirás la casa de Acab en venganza de la sangre de los profetas derramada por Jezabel, á la cual comerán perros sin haber quien le dé sepultura.» Esto dijo el ministro de Eliseo; que declarado luego por el mismo Jehú á los capitanes con quienes antes estaba, produce en los ánimos tal sensacion repentina, que se levantan todos los oficiales, forman como un trono real, suben sobre él á Jehú y al son de las trompetas esclaman: «Jehú es rey.» Este no perdió tiempo, pues aprovechando la favorable

disposicion de los ánimos, marchó con el ejército contra Jezraél, donde Joram estaba curándose de la herida. Habia ido á visitarle Ochozias, rey de Judá, y estando los dos reyes juntos, llegó Jehú, y él mismo disparó una saeta á Joram y le dió en el corazon derribándole muerto. Ochozias huyó; mas Jehú dió orden de perseguirle, y siendo alcanzado, fué muerto. Entró el vencedor en Jezraél y viendo en una ventana á la orgullosa Jezabel, ricamente ataviada, la hizo precipitar desde la misma ventana, y su cuerpo fué devorado por los perros, cumpliéndose lo que de ella habia profetizado el profeta Elías.

Desde esta época la Escritura pasa en silencio las cosas del profeta Eliseo, bien que es de creer que serian notables, ejercitándose en procurar el bien de Israel. Murió Eliseo durante el reinado de Joas, quien habiendo ido á visitarle, y entendiendo que se moria, exclamó llorando: «Padre mio, padre mio, carro de Israel y carretero suyo:» que fueron las palabras que el mismo Eliseo dijo á Elías en su raptó.

En el mismo año de su muerte sucedió que siendo asaltados por ladrones moabitas ciertos hombres que llevaban á enterrar á un difunto, echaron á éste en la cueva y sepulcro de Eliseo, que fué lo que hallaron mas á mano; y así como el muerto tocó á los huesos del profeta, resucitó y quedó con vida.

S. Jerónimo afirma de Eliseo que permaneció virgen toda su vida; y hácese larga mencion de él en los libros tercero y cuarto de los Reyes. Nómbrase tambien en el Eclesiástico. S. Lucas escribe en su Evangelio el milagro que hizo de sanar á Naaman de la lepra. El sepulcro de Eliseo se vió mucho tiempo en Sebaste, ciudad de Samaria en Palestina, adonde fué tambien sepultado Abdías, profeta, y el glorioso precursor S. Juan Bautista; y segun dice el ya citado S. Jerónimo, por los méritos de estos Santos hizo Dios allí muchos milagros. De la historia de Eliseo usa la Iglesia católica en las lecciones de los maitines de feria segunda de la dominica nona despues de Pentecostés.

La misa es en honra de S. Basilio, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que oíais las oraciones que ofrecemos en la solemne fiesta de vuestro siervo y confesor san Basilio, librándonos de nuestros pecados por la intercesion y por los méritos del que te sirvió con tanta fidelidad. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo capítulo 4.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amonaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez; y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Tiempo vendrá en que los hombres no podrán sufrir la doctrina sana, y movidos de curiosidad buscarán maestros sobre maestros que los hablen al gusto de su paladar, negando los oídos á la verdad, y concediéndolos á las fábulas. Pregunto: ¿no es este un verdadero retrato de las costumbres de este desgraciado siglo? ¿en cual otro se ha visto á los cristianos menos inclinados á sufrir que se les enseñe la doctrina sana y verdadera? Las mas esenciales, las mas terribles verdades de la religion, ó se intentan debilitar con vanas sutilezas, ó se les niega la entrada como á enemigas de la tranquilidad y del reposo. Unos no las quieren oír porque los espantan, y otros no las quieren considerar porque los turban; ¿pero serán menos irrefragables porque las desatienda nuestro olvido, ó porque las desestime nuestra malicia? ¿serán menos verdaderas porque nuestra inconsideracion no las reflexione? No pueden sufrir los mundanos las verdades de nuestra religion; ellas amargan mucho á las mujeres profanas que viven segun el siglo. ¡Dios mio, qué lenitivos, qué temperamentos no se buscan para predicarlas á los grandes de la tierra! La doctrina de Jesucristo estremece; las máximas del Evangelio chocan; ¡y cuantos cristianos indignos se avergüenzan de ellas! ¡á cuantos ministros del Se-

ñor les falta el zelo, el valor y la fidelidad! No sufren los hombres la sana doctrina; pero en la religion no hay mas que una fuente de agua pura; todas las demás están emponzoñadas. O doctrina sana, ó moral impia; no hay medio. Necesariamente se descamina, infaliblemente se precipita en los errores el que cierra los ojos á las luces de la fe.

Jamás hubo tanta curiosidad como en este siglo; ¿pero qué curiosidad? No ya una curiosidad respetuosa, dócil, inocente, sino una curiosidad fiera, arrogante, orgullosa, temeraria; indicio de un corazon corrompido, de un entendimiento limitado, y de una presuncion sin límites. Ya no es este el vicio de solas las mujeres; es, por decirlo así, el de la gran moda; es la pasion dominante del oficial, del mercader, del ciudadano; en una palabra, de todos los ignorantes, de todos los presumidos, y de todos los orgullosos que hay en el cristianismo. Sujetar el entendimiento á la obediencia y á la ley de Jesucristo, eso era bueno para la ignorancia de nuestros abuelos; hoy es menester que la ley de Jesucristo se sujete al tribunal, y se examine á la luz del mas corto entendimiento. No se ha de rendir la razon á la fe; la fe se ha de rendir á la razon: á vista de esto no hay que admirarnos de tantos descaminos: *Todo aquel que obra mal aborrece la luz, dice el Salvador del mundo, y huye de ella porque no se descubran las malas obras que hace.* Aborrécese la verdad, porque se aborrece la virtud. Es la virtud una luz que incomoda mucho á los ojos achacosos; disgusta la claridad, porque representa á cada uno como es; ciérranse los oidos á la verdad, porque abate el orgullo, hace oposicion á las pasiones, y oprime furiosamente al amor propio. Oyense las fábulas de buena gana, porque el espíritu del mundo y nuestro propio espíritu está muy inclinado y es muy fecundo en ilusiones. ¿Por ventura el dia de hoy nos alimentamos de otra cosa? ¿sirve el Evangelio de regla á las costumbres de aquellos que se gobiernan por el espíritu del mundo? ¿pero acaso tenemos otra regla? Cualquiera otra doctrina es error, es ilusion, es fábula, es delirio. ¡Ah, Señor, y cuántos mueren así!

El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas, y el mismo que el dia v, folio 100.

MEDITACION.

De los pocos discípulos que tiene Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no basta ser cristianos para ser

verdaderos discípulos de Jesucristo. El bautismo nos constituye miembros de su místico cuerpo, nos hace parte de su pueblo; pero solamente somos discípulos suyos vistiendo su librea, observando sus máximas, y siguiendo sus ejemplos. Apenas hay verdad de nuestra religion mas inculcada que esta; repítela el Salvador casi á cada página del Evangelio. ¿Pero qué condiciones nos pide para admitirnos en su servicio? No hay cosa mas espresa ni mas especificada: *El que quiere venir en pos de mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á sus hermanos* (aun esto es poco), *y no se aborrece á sí mismo, no puede ser mi discípulo.* ¿Pero bastará para serlo creer en Jesucristo y seguirle? De ningun modo. Muchas turbas creian en él y le seguian, pero se volvian á sus casas, con cuya ocasion dijo la sentencia que acabamos de referir; añadiendo despues, que además de renunciar todo aquello que mas se ama, y fuera de negarse á sí mismo, si alguno no lleva tambien su cruz, *non potest meus esse discipulus*: no puede contarse en el número de sus discípulos. En otra parte dice: *El que no lleva su cruz y me sigue, no es digno de mí.* Fácilmente se comprende lo que significan estas condiciones: *Aborrecer sus parientes, renunciar lo que mas se ama, negarse á sí mismo, llevar la cruz, y seguir á Jesucristo.* No es menester grande ingenio para penetrar el sentido de estos oráculos; pero tampoco se necesita un ingenio peregrino para inferir de ellos que el número de los discípulos de Cristo debe ser muy limitado. Ve repasando con la consideracion todas las edades, todas las condiciones, todos los estados, la abnegacion, la mortificacion y la renuncia es el carácter, es el distintivo de los discípulos de Cristo; las cruces, los trabajos que sufren con resignacion, son su divisa. ¿Se hallarán muchos el dia de hoy con este distintivo? Consulta las costumbres de los mozos, las inclinaciones y los hábitos de los viejos, las máximas de los grandes, los dictámenes de los plebeyos, la conducta, en fin, de los mas de los cristianos; ¿encontrarás entre ellos muchos discípulos de Cristo? El amor propio reina soberanamente; en todas las resoluciones es el primer móvil la consideracion de la carne y sangre; cuida Dios de enviar cruces á todos los estados; ¿pero qué pocos las levantan, y cuántos menos las llevan? ¡Dios mio, y qué corto es el número de vuestros verdaderos discípulos! Pero á lo menos, ¿si seré yo de este corto número? Mis máximas, mis costumbres y todo mi proceder me desengañan; harto claramente me dicen lo que verdaderamente soy.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la doctrina de Jesucristo es